

volvería la boca agua... sus ojos son capaces de hacer ver a un ciego; tiene la risa más linda, los pies más lindos, y una cintura que...

—Poco a poco—le interrumpí;—¿es decir que estás tan frenéticamente enamorado que te echarás a ahogar si no te casas con ella?

—¡Me caso aunque me lleve la trampa!

—¿Con una mujer del pueblo? ¿Sin consentimiento de tu padre?... Ya se ve: tú eres hombre de barbas, y debes de saber lo que haces. ¿Y Carlos tiene noticia de todo?

—¡No faltaba otra cosa! ¡Dios me libre! Si en Buga lo tienen en las palmas de las manos y la boca qué quieres. La fortuna es que Zoila vive en San Pedro y no va a Bugas sino cada marras.

—Pero a mí sí me mostrarías.

—A ti es otra cosa; el día que quieras te llevo. A las tres de la tarde me separé de Emigdio disculpándome de mil maneras para no comer con él, y las cuatro serían cuando llegué a mi casa.

XX

Mi madre y Emma salieron a recibirme. Mi padre había montado para ir a visitar los trabajos. A poco rato me llamó al comedor, y no tardé en acudir, porque allí esperaba encontrar a María pero me engañé; y como le preguntase a mi madre por ella, me respondió:

—Como esos señores vienen mañana, las muchachas están afanadas porque queden muy bien hechos algunos dulces; creo que han acabado ya y que vendrán ahora.

Iba a levantarme de la mesa cuando José, que subía del valle a la montaña arreando dos mulas cargadas de cañabrava se paró en un altillo desde el cual se divisaba el interior, y gritóme:

—Buenas tardes. No puedo llegar, porque llevo una chúcará y se me hace de noche. Ahí le

dejo un recado con las niñas. Madrugue mucho mañana, porque la cosa está segura.

—Bien—le contesté,—iré muy temprano; saludos a todos.

—No se olvide de los balines.

Y saludándome con el sombrero, continuó subiendo. Dirigime a mi cuarto a preparar la escopeta, no tanto porque necesitara limpieza, cuanto por buscar pretexto para no permanecer en el comedor, en donde al fin no se presentó María.

Tenia yo abierta en la mano una cajilla de pistones, cuando vi a María venir hacia mí trayéndome el café, que probó con la cucharita antes de verme. Los pistones se regaron por el suelo apenas se acercó. Sin volverse a verme, me dió las buenas tardes, y colocando con mano insegura el platito y la taza en la baranda, buscó por instantes, con ojos cobardes, los míos, que la hicieron sonrojar; y entonces, arrodillada, se puso a recoger los pistones.

—No hagas tú eso—le dije;—yo lo haré después.

—Yo tengo muy buenos ojos para buscar cosas chiquitas—respondió;—a ver la cajita.

Alargó el brazo para recibirla, exclamando al verla:

—¡Ay! si se han regado todos.

—No estaba llena—observé ayudándola.

—Y que se necesitan mañana de estos—dijo soplándoles el polvo a los que tenía en la sonrosada palma de una de sus manos.

—¿Por qué mañana y por qué de estos?

—Porque como esa cacería es peligrosa, se me figura que errar un tiro sería terrible, y conozco por la cajita que estos son los que el doctor te regaló el otro día, diciendo que eran ingleses y muy buenos...

—Tú lo oyes todo.

—Algo hubiera dado algunas veces por no oír. Tal vez sería mejor no ir a esta cacería. José te dejó un recado con nosotros.

—¿Quieres tú que no vaya?

—¿Y cómo podía yo exigir eso?

—¿Por qué no?

Mírame y no respondió.

—Ya me parece que no hay más—dijo poniéndose en pie y mirando al suelo a su alrededor;—me voy. El café estará ya frío.

—Pruébalo.

—Pero no acabes de cargar esa escopeta ahora. Está bueno—añadió tocando la taza.

—Voy a guardar la escopeta y a tomarlo; pero no te vayas.

Yo había entrado en mi cuarto y vuelto a salir.

—Hay mucho que hacer allá dentro.

—¡Ah! sí—la contesté,—preparar postres y las galas para mañana. ¿Te vas, pues?

Hizo con los hombros, inclinando al mismo tiempo la cabeza a un lado, un movimiento que significaba: como tú quieras.

—Yo te debo una explicación—le dije acercándome a ella.—¿Quieres oírme?

—¿No digo que hay cosas que no quisiera oír?—contestó haciendo sonar los pistones dentro la cajita.

—Creía que lo que yo...

—Es cierto eso que vas a decir, eso que crees; que a ti sí debiera oírte; pero esta vez no.

—¿Qué mal habrás pensado de mí estos días!

Ella leía, sin contestarme, los letreros de la cajilla.

—Nada te diré, pues; pero dime qué has supuesto.

—¿Para qué ya?

—¿Es decir que no me permites tampoco disculparme contigo?

—Lo que yo quisiera saber es por qué has hecho eso; sin embargo, me da miedo saberlo, por lo mismo que para nada he dado motivo; y siempre pensé que tendrías alguno que yo no debía saber... Mas como parece que estás contenta otra vez... yo también estoy contenta.

—Yo no merezco que seas tan buena como eres conmigo.

—Quizá seré yo quien no merezco...

—He sido injusto contigo, y si lo permitieras, te pediría de rodillas que me perdonaras.

Sus ojos, velados hacia rato lucieron con toda su belleza, y exclamó:

—¡Ay! no. ¡Dios mío! Ya lo he olvidado todo, ¿oyes bien? ¡todo! Pero con una condición—añadió después de una corta pausa.

—La que quieras.

—El día que yo haga o diga algo que te disguste, me lo dirás; y yo no volveré a hacerlo ni a decirlo. ¿No es muy fácil eso?

—¿Y yo? ¿no debo exigir de tu parte lo mismo?

—No, porque yo no puedo aconsejarte a ti, ni saber siempre si lo que pienso es lo mejor; además, tú sabes lo que voy a decir antes de que te lo diga.

—¿Estás cierta, pues? ¿Vivirás convencida de que te quiero con toda mi alma?—la dije con voz baja y conmovida.

—Sí, sí—respondió muy quedo, y casi tocándose los labios con una de sus manos para significarme que callara, dió algunos pasos hacia el salón.

—¿Qué vas a hacer?—la dije.

—¿No oyes que Juan me llama y llora porque no me encuentra?

Indecisa por un momento, en su sonrisa había dulzura y tan amorosa languidez en su mirada, que ya había ella desaparecido y aun la veía con mi alma.

XXI

Al día siguiente al amanecer tomé el camino de la montaña, acompañado de Juan Angel, que iba cargado con algunos regalos de mi padre para Luisa y las muchachas. Seguíanos Mayo; su fidelidad no le dejaba escarmentar, a pesar de algunos malos ratos que había tenido en esta clase

María.—5

de expediciones impropias ya de sus años. Pasado el puente del río, encontramos a José y a su sobrino Braulio, que venían ya a buscarme. Aquél me habló al punto de su proyecto de cazar reducido a medir un golpe certero a un tigre feroz en las cercanías y que le había muerto a algunos corderos. Teníale seguido el rastro al animal y descubierta una de sus guaridas en el nacimiento del río, a más de media legua arriba de la posesión. Juan Angel dejó de sudar al oír estos pormenores, y poniendo sobre la hojarasca el cesto que llevaba, nos veía con ojos tales como si estuviera oyendo discutir un proyecto de asesinato. José continuó hablando así de su plan de ataque:

—Respondo con mis orejas de que no se nos va. Ya veremos si el valluno Lucas es tan jaque como dice. De Tiburcio sí respondo. ¿Trae la munición gruesa?

—Sí—le respondí,—y la escopeta larga.

—Hoy es el día de Braulio. El tiene mucha gana de verle hacer a usted una jugada, porque yo le he dicho que usted y yo llamamos errados los tiros cuando apuntamos a la frente de un oso y la bala se zampa por un ojo.

Se rió estrepitosamente, dándole palmadas sobre el hombro a su sobrino.

—Bueno, y vámonos—continuó,—pero que lleve el negrito estas legumbres a la señora, porque me vuelvo.—Y esto diciendo, se echó a la espalda el cesto de Juan Angel.—¿Serán cosas dulces que la niña María pone para su primo?

—Ahí vendrá algo que mi madre envía a Luisa.

—Pero ¿qué es lo que ha tenido la niña? Yo la vi ayer a pasada como si tal cosa. Parece un botón de rosa de Castilla.

—Está buena ya.

—¿Y tú que haces ahí que no te largas, negrito?—dijo José a Juan Angel.—Carga con la guambía (1) y vete, para que vuelvas pronto, porque

(1) Mochila de cabuya.—Sega, cordel.

más tarde no te conviene andar solo por aquí. No hay que decir nada allá abajo.

—Cuidado con no volver—le grité cuando estaba ya del otro lado del río.

Juan Angel desapareció entre el carrizal como un guatín asustado. Braulio era un mocetón de mi edad. Hacía dos meses que había venido de la provincia a acompañar a su tío, y estaba locamente enamorado, de tiempo atrás, de su prima Tránsito. La fisonomía del sobrino tenía toda la nobleza que hacía interesante la del anciano; pero lo más notable era su linda boca, sin bozo aún, cuya sonrisa femenina hacía contraste con la energía varonil de las demás facciones. Manso de carácter, dispuesto e infatigable en el trabajo, era un tesoro para José y el más adecuado marido para Tránsito. La señora Luisa y las muchachas salieron a recibirme a la puerta de la cabaña, risueñas y afectuosas como siempre. Nuestro frecuente trato en los últimos meses había hecho que las muchachas fuesen menos tímidas conmigo. José mismo, en nuestras cacerías, es decir, en el campo de batalla, ejercía sobre mí una autoridad paternal, todo lo cual desaparecía siempre que se presentaba en casa, como si fuese un secreto nuestra amistad leal y sencilla.

—Al fin, al fin—dijo la señora Luisa tomándome por el brazo para introducirme a la salita.—¡Siete días! Uno por uno los hemos contado.

Las muchachas me miraban sonriendo maliciosamente.

—Pero, ¡Jesús, qué pálido está!—exclamó Luisa, mirándome más de cerca.—Esto no está bueno así; si viniera usted con frecuencia, estaría tamaño de gordo.

—¿Y a ustedes cómo les parezco?—dije a las muchachas.

—¡Eh!—contestó Tránsito,—pues qué nos va a parecer, si por estarse allá en sus estudios y...

—Hemos tenido tantas cosas buenas para usted...—dijo Lucía interrumpiendo a su hermana,—dejamos dañar la primera badea de la mata

nueva, esperándolo; el jueves, creyendo que venía, le tuvimos una natilla tan buena...

—Y qué peje. ¡Ah, Luisa!—añadió José,—si es ha sido el juicio, no hemos sabido qué hacer con él. Pero ha tenido razón para no venir—continúa en tono grave,—ha habido motivo; y como pronto lo convidarás a que pase con nosotros un día entero... ¿no es así, Braulio?

—Sí, sí, paces y hablemos de eso. ¿Cuándo es ese gran día, señora Luisa? ¿Cuándo es, Tránsito?

Esta se puso como una grana, y no hubiera levantado los ojos para ver a su novio por todo el oro del mundo.

—Eso tarda—respondió Luisa,—¿no ve que falta blanquear la casita y ponerle las puertas? Vendrá siendo el día de Nuestra Señora de Guadalupe, porque Tránsito es su devota.

—Y eso, ¿cuándo es?

—¿Y no sabe? Pues el 12 de diciembre. ¿No le han dicho estos muchachos que quieren hacerle su padrino?

—No; y la tardanza en darme tan buena noticia no se la perdono a Tránsito.

—¡Si yo le dije a Braulio que se lo dijera a usted, porque mi padre creía que era mejor así!

—Yo agradezco tanto esa lección, como no podréis figurároslo; mas con la esperanza de que me hagáis muy pronto compadre.

Braulio miró de la manera más tierna a su preciosa novia; y ésta, avergonzada, salió presurosa a disponer el almuerzo, llevándose de paso a Lucía. Mis comidas en casa de José no eran ya como la que describí en otra ocasión; yo hacía en ellas parte de la familia; y sin aparatos de mesa, recibía mi ración de «frisoles»—fríjoles, gazamorra, leche y «gamuza» (1), de manos de la señora Luisa, sentada ni más ni menos que José y Braulio, en un banquillo de raíz de gradua. No sin dificultad los acostumbre a tratarme así.

(1) *Gazusa*, chocolate con harina de maíz.

Viajero años después por las montañas del país de José, he visto ya, a puestas del sol, llegar labradores alegres a la cabaña donde se me daba hospitalidad, y luego que alababan a Dios ante el venerable jefe de la familia, esperaban en torno del hogar la cena que la anciana y cariñosa madre repartía; un plato bastaba a cada pareja de esposos y los pequeñuelos hacían pinicos apoyados en las rodillas de sus padres. Ya he desviado mis miradas de esas escenas patriarcales que me recordaban los últimos días felices de mi juventud.

El almuerzo fué succulento como de costumbre y sazonado con una conversación que dejaba conocer la impaciencia de Braulio y de José por dar principio a la cacería. Serían las diez, cuando, listos ya todos, cargado Lucas con el fiambre que Luisa nos había preparado, y después de las entradas y salidas de José para poner en su gran garniel de nutria tacos de cabuya y otros chismes que se le habían olvidado, nos pusimos en marcha. Eramos cinco los cazadores: el mulato Tiburcio, peón de la chagra (1); Lucas, neivano (2) agregado de una hacienda vecina; José, Braulio y yo. Todos íbamos armados de escopeta. Eran de cazoleta las de los dos primeros, y excelentes, por supuesto, según ellos. José y Braulio llevaban además lanzas cuidadosamente enastadas. En la casa no quedó perro útil; todos, atromajados (3) de dos en dos, engrosaron la partida expedicionaria, dando aullidos de placer; y hasta el favorito de la cocinera Marta, Palomo, a quien los conejos temían con ceguera, brindó voluntariamente el cuello para ser contado en el número de los hábiles; pero José lo despidió con un ¡zumba! seguido de algunos reproches humillantes.

Luisa y las muchachas quedaron intranquilas, especialmente Tránsito, que sabía bien era su no-

(1) Quiere decir haciendita.

(2) Neiva.—Cap. del dep. del Tolima.

(3) Atrillados.

vio quien iba a correr mayores peligros, por su idoneidad para el caso indispensable. Aprovechando una angosta y amarafiada trocha, empezamos a ascender por la ribera septentrional del río. Su sesgo cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de la cañada, encañonado por peñas en cuya cima crecían, como en azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruído a trechos con enormes piedras, por entre las cuales se escapaban las corrientes en ondas veloces, blancos borbolletes y caprichosos plumajes.

Poco más de media legua habíamos andado, cuando, José, deteniéndose en la desembocadura de un zanjón ancho, seco y amurallado por altas barrancas, examinó algunos huesos mal rídos dispersos en la arena: eran los del cordero que el día antes se le había puesto de cebo a la fiera. Precediéndonos Braulio, nos internamos José y yo por el zanjón. Los rastros subían. Braulio, después de unas cien varas de ascenso, se detuvo, y, sin mirarnos, hizo ademán de que parásemos. Puso oído a los rumores de la selva; aspiró todo el aire que su pecho podía contener, miró hacia la alta bóveda que los cedros, jigas y yarumos formaban sobre nosotros, y siguió andando con lentos pasos. Detúvose de nuevo al cabo de un rato; repitió el examen hecho en la primera estación, y mostrándonos los rasguños que tenía el tronco de un árbol que se levantaba desde el fondo del zanjón, nos dijo, después de un nuevo examen de las huellas,—Por aquí salió; se conoce que está bien comido y baquiano.—La chamaba (1) terminaba veinte varas adelante por un paredón desde cuyo tope se conocía, por la hoya que tenía al pie, que en los días de lluvia se despeñaban por allí las corrientes de la falda.

Contra lo que creía yo conveniente, buscamos otra vez la ribera del río, y continuamos subiendo por ella. A poco halló Braulio las huellas del ti-

(1) Zanja;

gre en una playa, y esta vez llegaban hasta la orilla del río. Era necesario cerciorarnos de si la fiera había pasado por allí al otro lado, o si, impidiéndoselo las corrientes, ya muy descolgadas e impetuosas, había continuado subiendo por la ribera en que estábamos, que era lo más probable. Braulio, la escopeta terciada a la espalda, vadeó el raudal atándose a la cintura un rejo, cuyo extremo retenía José para evitar que un mal paso hiciera rodar al sobrino a la cascada inmediata. Guardábamos un silencio profundo y acallábamos uno que otro aullido de impaciencia que dejaban escapar los perros.

—No hay rastro acá—dijo Braulio después de examinar las arenas y las malezas. Al ponerse en pie, vuelto hacia nosotros, sobre la cima de un peñón, le entendimos por los ademanes que nos mandaba estar quietos. Zafóse de los hombros la escopeta; la apoyó en el pecho como para disparar sobre las peñas que teníamos a la espalda; se inclinó ligeramente hacia adelante, firme y tranquilo, y dió fuego.

—¡Allí!—gritó señalando hacia el arbolado de las peñas cuyos filos no era imposible divisar; y bajando a saltos la ribera, añadió:

—¡La cuerda firme! ¡Los perros más arriba! Los perros parecían que estaban al corriente de lo que había sucedido; no bien los soltamos, cumpliendo la orden de Braulio, mientras José le ayudaba a pasar el río, desaparecieron a nuestra derecha por entre los cañaverales.

—¡Quietos!—volvió a gritar Braulio, ganando la ribera. Y mientras cargaba precipitadamente la escopeta, divisándome a mí, agregó:—Usted aquí, patrón.

Los perros perseguían de cerca la presa, que no debía tener facil salida, puesto que los ladridos venían de un mismo punto de la falda. Braulio tomó una lanza de manos de José, diciéndonos a los dos:

—Ustedes más abajo y más altos, para cuidar este paso, porque el tigre volverá sobre su rastro

si se nos escapa de donde está Tiburcio con ustedes.

Y dirigiéndose a Lucas:

—Los dos a costear el peñón por arriba.

Luego, con su sonrisa dulce de siempre, terminó al colocar con pulso firme un pistón en la chimenea de la escopeta:

—Es un gatico, y está ya herido.

En diciendo las últimas palabras, nos dispersamos. José, Tiburcio y yo subimos a una roca convenientemente situada. Tiburcio miraba y remiraba la ceba de su escopeta. José era todo ojos. Desde allí veíamos todo lo que pasaba en el peñón y podíamos guardar el paso recomendado, porque los árboles de la falda, aunque corpulentos, eran raros.

De los seis perros, dos estaban fuera de combate: uno de ellos destripado a los pies de la fiera; el otro dejando ver las entrañas por entre los costillares desgarrados; había venido a buscarnos y expiraba dando quejidos lastimeros junto a la piedra que ocupábamos.

De espaldas contra un grupo de redobles haciendo serpentear la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y la dentadura descubierta, el tigre lanzaba bufidos roncós, y al sacudir la enorme cabeza, las orejas hacían un ruido semejante al de las castañuelas. Al revolver, hostigado por los perros, no escarmentados, aunque maltrechos, se veía por su ijar izquierdo chorrear sangre, la que a veces intentaba lamer inútilmente, porque entonces lo acosaba la jauría con ventaja. Braulio y Lucas se presentaron, saliendo del cañaveral sobre el peñón; pero un poco más distantes de la fiera que nosotros. Lucas estaba lívido, y las manchas de carate de sus pómulos, de azul turquí. Formábamos así un triángulo los cazadores y la pieza, pudiendo ambos grupos disparar a un tiempo sobre ella sin ofendernos mutuamente.

—¡Fuego todos a un tiempo!—gritó José.

—No, no; los perros—respondió Braulio; y dejando solo a su compañero, desapareció.

Comprendí que un disparo general podía terminarlo todo; era cierto que algunos perros sucumbirían; y no muriendo el tigre, le era fácil hacer una diablura encontrándonos sin armas cargadas. La cabeza de Braulio, con la boca entreabierta y jadeante, los ojos desplegados y la cabellera revuelta, asomó por entre el cañaveral, un poco atrás de los árboles que defendían la espalda de la fiera. En el brazo derecho llevaba enristrada la lanza, y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedían ver bien. Todos quedamos mudos; los perros mismos parecían interesados en el fin de la partida. José gritó al fin:

—¡Hubi! ¡Mataleón! ¡Hubi! ¡Pícalo, trunchol!

No convenía dar tregua a la fiera, y se evitaba así riesgo mayor a Braulio. Los perros volvieron al ataque simultáneamente. Otro de ellos quedó muerto sin dar un quejido. El tigre lanzó un maullido horroroso.

Braulio apareció tras el grupo de redobles, hacia nuestro lado, empuñando el asta de la lanza sin hoja. La fiera dió la misma vuelta en su busca, y él gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego!—Volviendo a quedar de un brinco en el mismo punto donde había asestado la lanza.

El tigre lo buscaba. Lucas había desaparecido. Tiburcio estaba de color de aceituna. Apuntó y sólo se quemó la ceba. José disparó: el tigre rugió de nuevo, tratando como de morderse el lomo, y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Este, dando una nueva vuelta tras del redoble, lanzóse hacia nosotros a recoger la lanza que le arrojaba José. Entonces la fiera nos dió frente. Mi escopeta era la única que estaba disponible: disparé; el tigre se sentó sobre la cola, se tambaleó y cayó. Braulio miró atrás instintivamente para saber el efecto del último tiro. José, Tiburcio y yo nos hallábamos ya cerca de él, y todos dimos a un tiempo un grito de triunfo. La fiera arrojaba sanguara espumosa por la boca; tenía los ojos empañados e inmóviles, y en el último pa-

rasismo de muerte estiraba las piernas temblorosas y removía la hojarasca al enroscar la hermosa cola.

— ¡Valiente tiro!... ¡Qué tiro!—exclamó Braulio poniéndole un pie al animal sobre el cogote, — ¡en la frente! Ese sí que es un pulso firme.

José, con voz no muy segura todavía (¡el pobre amaba tanto a su hija!), dijo limpiándose con la manga de la camisa el sudor de la frente:

— No, no... si es mecha. ¡Santísimo patriarca! ¡Qué animal tan bien criado! ¡Hijo, un demonio! ¡Si te toca ni se sabe!...

Miró tristemente los cadáveres de tres perros diciendo:

— ¡Pobre Campanilla! Es la que más siento. ¡Tan guapa mi perra!...

Acarició luego a los otros tres, que con tamaño lengua afuera jadeaban acostados y desentendidos como si solamente se hubiera tratado de acorrallar un becerro arisco. José, tendiéndome su ruana en lo limpio, me dijo:

— Siéntese, niño; vamos a sacar bien el cuerpo porque es de usted.

Y en seguida gritó:

— ¡Lucas!

— Ya ese estará metido en el gallinero de la casa.

— ¡Lucas!—volvió a gritar José, sin atender a lo que su sobrino decía; mas, viéndonos a todos reír, preguntó:

— ¡Eh! ¡eh! Pues ¿qué es?

— Tío, si el valluno zafó desde que cerré la lan- chada.

José nos miraba como si le fuese imposible entendernos.

— ¡Timanejo pícaro!

Y acercándose al río, gritó de forma que las montañas repitieran su voz:

— ¡Lucas del demonio!

— Aquí tengo yo buen cuchillo para desollar—le advirtió Tiburcio.

— No, hombre; si es que ese caratoso traía e-

¡otico (1) del fiambre, y este blanco querrá comer algo y... yo también, porque aquí no hay esperanza de mazamorra.

Pero la mochila deseada estaba señalando precisamente el punto abandonado por el neivano; José, lleno de regocijo, la trajo al sitio donde nos hallábamos y procedió a abrirla después de mandar a Tiburcio a llenar nuestros cocos de agua al río. Las provisiones eran masas de choclo (2) blancas, mojadas y limpias, queso fresco y carne asada con primor; todo ello fué puesto sobre hojas de platanillo. Sacó en seguida de entre una servilleta una botella de vino tinto, pan, ciruelas, higos y pasas, diciendo:

— Esta es cuenta aparte.

Las navajas machetonas salieron de los bolsillos. José nos dividió la carne, que acompañada con las masas de choclo, era un bocado regio. Agotamos el tinto, despreciamos el pan; los higos y ciruelas les gustaron más a mis compañeros que a mí. No faltó la «panela» chancaca, dulce compañero del viajero, del cazador y del pobre. El agua estaba helada. Mis cigarros de olor (3) humearon después de aquel rústico banquete. José estaba de excelente humor, y Braulio se había atrevido a llamarme padrino. Con imponderable destreza, Tiburcio desolló el tigre, sacándole los sebos, que diz que servían para qué sé yo qué. Acomodadas en las mochilas la piel, cabeza y patas del tigre, nos pusimos en camino para la posesión de José, el cual, tomando mi escopeta, la colocó en un mismo hombro con la suya, precediéndonos en la marcha y llamando a los perros. Deteníase de vez en cuando para recalar sobre algunos de los lances de la partida o para echarle alguna nueva maldición a Lucas.

Conociase que las mujeres nos contaban y re-

(1) Maletín.—Maleta pequeña. Es muy común en el Cauca formar los diminutivos en los nombres, en ico, ica.

(2) Maíz todavía tierno.

(3) Llámense así los hechos de una clase de tabaco que se produce en inmediaciones de Palmira, casi tan aromático como el tabaco habano.

contaban desde que nos alcanzaron a ver; y cuando nos acercamos a la casa estaban aún indecisas entre el susto y la alegría, pues por nuestra demora y los disparos que habían oído, suponían que habíamos corrido peligro. Fué Tránsito quien se adelantó a recibirnos, notablemente palida.

—¿Lo mataron?—nos gritó.

—Sí, hija—le respondió su padre.

Todas nos rodearon, entrando en la cuenta hasta la vieja Marta, que llevaba en las manos un capón a medio pelar. Lucía se acercó a preguntarme por mi escopeta; y como yo se la mostrase añadió en voz baja:

—Nada le ha sucedido, ¿eh?

—Nada—le respondí cariñosamente, pasándole por los labios una ramita.

—Ya pensaba...

—¿No ha bajado ese fantasioso de Lucas por aquí?—preguntó José.

—El no—respondió Marta.

José masculloó una maldición.

—Pero, ¿dónde está lo que mataron?—dijo al fin haciéndose oír la señora Luisa.

—Aquí, tía—contestó Braulio.

Y ayudado por su novia, se puso a abrir la mochila, diciéndole a la muchacha algo que no alcancé a oír. Ella me miró de una manera particular, y sacó de la sala un banquito para que me sentase en el empedrado, desde el cual dominaba yo la escena. Extendida en el patio la grande y aterciopelada piel, las mujeres intentaron reprimir un grito; mas al rodar la cabeza sobre la grama, no pudieron contenerse.

—Pero, ¿cómo lo mataron? Cuénten—decía la señora Luisa,—todos están como tristes.

—Cuéntenos—añadió Lucía.

Entonces José, tomando la cabeza del tigre entre las dos manos, dijo:

—El tigre iba a matar a Braulio, cuando el señor (señalándome) le dió este balazo.

Mostró el foramen que en la frente tenía la ca-

beza. Todos se volvieron a mirarme, y en cada una de esas miradas había recompensa de sobra para una acción que la mereciera.

José siguió refiriendo con pormenores la historia de la expedición, mientras hacía remedios a los perros heridos, lamentando la pérdida de los otros tres. Braulio estacaba la piel ayudado por Tiburcio. Las mujeres habían vuelto a sus faenas, y yo dormitaba sobre uno de los poyos de la salita en que Tránsito y Lucía me habían improvisado un colchón de ruanas. Servíame de arrullo el rumor del río, los graznidos de los gansos, el balido del rebaño que pacía en las colinas cercanas, y los cantos de las dos muchachas que lavaban ropa en el arroyo. La naturaleza es la más amorosa de las madres cuando el dolor se ha adueñado de nuestra alma, y si la felicidad nos acaricia, ella nos sonríe.

XXII

Las instancias de los montañeses me hicieron permanecer con ellos hasta las cuatro de la tarde, hora en que, después de larguísimas despedidas, me puse en camino con Braulio, que se empeñó en acompañarme. Habíame aliviado del peso de la escopeta y colgado de uno de sus hombros una guambía. Durante la marcha le hablé de su próximo matrimonio y de la felicidad que le esperaba amándole Tránsito como lo dejaba ver. Me escuchaba en silencio, pero sonriendo, de manera que estaba por demás hacerle hablar. Habíamos pasado el río y salido de la última ceja de monte para empezar a descender por las quebradas de la falda limpia, cuando Juan Angel, apareciéndose por entre unas moreras, se nos interpuso en el sendero, diciéndonos con las manos unidas en ademán de súplica:

—Yo vine, mi amo... Yo iba... pero no me haga nada su mercé... Yo no vuelvo a tener miedo.